

# UN AMOR VIRTUAL

Por Francisco Batista

## Capítulo 1

Nos conocimos muy jóvenes; yo venía de una ciudad recién casado; ella también casada nativa del lugar donde me instalé. Veníamos caminando en sentido opuesto por la misma vereda; cuando nos enfrentamos, me saludó con un “bienvenido al pueblo”. Me sorprendió, pues no estaba acostumbrado a que me saludara gente desconocida; ella notó mi sorpresa; paró; yo hice lo mismo, y me explicó que era normal que en el pueblo dieran la bienvenida a los nuevos vecinos. Le agradecí tan buena onda, y comenzamos una charla intrascendente pero amigable; me tendió la mano, y yo la tomé para presentarnos formalmente. Me llamo Aurora me dijo. Como toda persona franca me miró a los ojos; yo hice lo mismo, y cuando se cruzaron las miradas me corrió un escalofrío por toda la columna vertebral; ella se turbó, dio una excusa, me sonrió y siguió su camino. Yo me quedé parado sin saber qué hacer.

## Capítulo 2

Corría el año 1960, la situación económica no era nada halagüeña, la mayoría de la gente vivía de manera muy precaria. Los agricultores tenían que anexar rubros a su labor, como la cría de cerdos, vacas, pollos, etc. El resultado lo obtuvieron con los cerdos, pero no para enriquecerse. Llegaron las enfermedades en los animales y el pueblo no contaba con veterinarios. Como yo tenía una farmacia y vendía productos veterinarios, era el más indicado para solucionar en parte ese problema; en este sentido, debía tomar clases aceleradas al respecto, las cuales que me llevaron tiempo y dinero ya que me tenía que movilizar diariamente a una ciudad que estaba a 50 kilómetros; fueron meses arduo de traslados y estudios, lo que me valió el descuido de la farmacia, y se acumularon las deudas.

Gracias a un agricultor que me ayudó saqué a flote mi negocio y pude dedicarme a mi actividad primaria. Gracias, y que seas feliz estés donde estés, Armando.

### Capítulo 3

Pasó el tiempo y vino nuestro hijo. Eso que dicen de que cada hijo viene con un pan bajo el brazo debe tener algo de realidad porque desde que nació se activaron las ventas y las cosas me empezaron a ir como sobre rieles. Y como buen argentino que soy, ¿qué es lo primero que compra un argentino cuando las cosas empiezan a irle bien?

Efectivamente, un auto.

A Aurora la veía esporádicamente, pero el impacto que nos produjo nuestro primer encuentro estaba latente. Nuestras conversaciones eran escuetas y de apuro para no dar cabida a un acercamiento. Yo era muy feliz con mi matrimonio y Aurora también con el suyo, pero había un escozor entre nosotros que no nos dejaba ser francos.

## Capítulo 4

Finalmente, llegó el día; nos encontramos en un espectáculo que organizó un importante club de la localidad; se trataba de un show de un cantor de tango muy de moda: nada menos que Julio Sosa. Fue un encuentro a todas luces, ya que el club desbordaba de gente; no obstante, nos dijimos lo que teníamos que decirnos, que nos atraíamos mutuamente, pero le debíamos fidelidad y respeto a nuestros cónyuges; por lo tanto, me ofreció su amistad sincera, y yo la acepté y le retribuí con mucho agrado; nos sonreímos; no sé si fue de cariño o de tristeza; nos saludamos y nos retiramos cada uno a su mesa.

## Capítulo 5

Pasaron los días. A Aurora no la veía, y tampoco a su familia. En un momento dado me preocupó y le pregunté a una clienta en el mostrador si sabía algo de la familia Morel, ya que esta señora vivía al lado de la casa de Aurora. Me dijo que se habían mudado a la provincia de Buenos Aires, pues les hicieron un contrato para laborar varios cientos de hectáreas. Cuando se retiró la señora me quedó una sensación de alivio o de tristeza; todavía no lo sé...

## Capítulo 6

Pasaron los años, los labradores comenzaron a recibir muy buen dinero por las cosechas, comenzaron a verse casas bellas, algunas fastuosas, se pavimentaron las calles, vino el agua corriente, las cloacas, el gas natural, y un mayor cuidado de los parques y paseos públicos. Hoy es un pueblo muy prolijamente poblado del cual estamos orgullosos y tenemos todo para vivir dignamente.

¿Y Aurora? No la había vuelto a ver. Solo escuche hablar de ella en alguna oportunidad, supe que estuvo por Barcelona exponiendo sus pinturas. Ella me había comentado su afinidad por la pintura, pero no conocía el talento que tenía.

## Capítulo 7

El tiempo implacable no se detiene; llegó la hora de la jubilación, no solamente por la edad sino por la rápida pérdida de salud de mi esposa que arrastraba una enfermedad hereditaria que la fue consumiendo lentamente; perdió la vista, debido a la diabetes, y esto la sumió en una fuerte depresión, ya que era una ferviente lectora. Las cosas se fueron agravando; se quebró la cadera, la operaron, pero perdió la auto movilidad, y por lo tanto yo tenía que ayudarla a realizar cualquier movimiento que quisiera hacer.



## Capítulo 8

Trajimos una cama ortopédica para mayor comodidad de ambos y anexamos una cama chica para estar atento a cualquier pedido de ella en la noche, que eran varios.

Esto con el tiempo fue minando mi salud, lo que desembocó en dos neumonías consecutivas y me valió una internación de varios días.

Pedimos ayuda a una enfermera, Ani. De lo más amorosa y servicial. Que iba mucho más allá de su horario y obligaciones. Terminó siendo nuestra hija del corazón como dice ella, yo lo afirmo.

## Capítulo 9

Al mes siguiente me volví a enfermar, de lo mismo. Después de la internación por prescripción médica, pasé la convalecencia en la casa de mi hijo, que vive en otra localidad. A los pocos días de estar con él, se produjo el desenlace fatal de mi esposa. Los meses que pasaron fueron terribles para mí: la ausencia de ella en la casa me resultaba insoportable; buscaba paz en los lugares más inverosímiles; no lo hallaba. Mi desesperación iba en crecimiento, hasta pensé en cosas disparatadas; no soportaba tanta soledad.

## Capítulo 10

Los paseos por la plaza y las conversaciones con mis amigos fueron un bálsamo a medias. La soledad me estaba afectando la salud. Lo poco que comía lo comía mal, y empecé a perder peso. No sentía apetito en ningún momento del día. Fue en uno de esos días que decidí irme a la residencia; un acierto; porque es un lugar muy cómodo, bien dirigido y con una atención esmerada, y la higiene tanto de los residentes como de la institución es óptima.

Un día le comenté a Juan, uno de los residentes, refiriéndome a la comida: "Parece que la hacen con amor", y él me contestó: "No parece, es que la hacen con amor". Me lo dijo casi ofendido.

## Capítulo 11

Una tarde, me dirigía a la casa de un médico amigo que vivía a tres cuadras de la mía, cuando una señora vino a mi encuentro y me dijo: “hola soy Tita, hay una persona lo quiere ver”; le pregunté quién era y me contestó con ojos picarones: “Es una sorpresa”. Me sonrió y cruzamos la calle.

Al llegar al lugar la vi, era una mujer de edad, cabellos canosos, peinada con un rodete en el centro de la cabeza, esbelta. La miré, Me resultaba conocido su rostro. La saludé. Me miró fijamente y aparecieron esos ojos azules que me helaron la columna vertebral hace casi sesenta años. Sí, era Aurora. Después de tantos años nos volvíamos a encontrar.

## Capítulo 12

Después del primer impacto nos saludamos efusivamente; un señor que estaba en el porche junto con nosotros tres miró la escena muy atentamente. Comenzamos con Aurora una charla preguntándonos cómo había ido estos años. Yo le conté lo mío; ella -entre tantas cosas- me contó que hacía cinco años que había fallecido su esposo, y no se hallaba en ninguna parte. Me narró algunos recuerdos que habían quedado aquí, y sobre la decisión de volver a mi terruño “un recuerdo en especial”, me dijo mirándome los ojos y yo no me di por aludido.

El señor que estaba allí, con voz nasal e imitando a un conductor de un antiguo programa dijo: “Se ha formado una pareja”. Las carcajadas fueron unánimes; la reunión se hizo de lo más alegre; trajeron pizzas y bebidas y se hizo una velada de lo más divertida.

## Capítulo 13

A la mañana siguiente, me vino a buscar Tita, la misma mujer que nos volvió a reunir. Con el alboroto de la noche anterior, nos olvidamos de pasarnos los números. Le dije que terminaba mi desayuno y me dirigiría hacia su casa.

Toqué el timbre, me atendió Tita y me guió hasta el comedor. Allí estaba desayunando Aurora. Me convidó, no acepté porque ya lo había hecho, pero le dije “sí” a un cafecito.

Me lo sirvió ella misma con una sonrisa.

Entre cafés y masas nos contamos qué fue de nuestra vida en estos años pasados. Me dijo que regreso porque extrañaba a sus hijos, a sus nietos y a una persona que todavía hoy le generaba cosquillas en la panza.

Yo capté inmediatamente la indirecta, pero me hice el desentendido y la interrumpí contándole cómo iba mi vida, que ahora me dedicaba a la pintura y había contratado a una profesora. También le dije que hice varios cuadros y se los regalé al clan Juan XXIII.

No se amilanó y volvió a la carga; me dijo: “Te amo, hace dos años que no hago otra cosa que pensar en ti”, y agregó a su frase para darle un poco de humor: “Que Serrat me perdone, pero es real, sos el hombre que quiero, sos vos y nadie más que vos”.

Nos abrazamos y nos dimos un beso de antología, justo en el momento en el que entraba Tita para preguntarle qué quería almorzar. Interrumpiendo ese beso que habíamos relegado tantas estaciones.

## Capítulo 14

Me invitó a almorzar, yo acepté de buen agrado, pues necesitaba de su compañía y la quería prolongar lo más que pudiera. Me sentía cómodo con ella. Le pedí colaborar con el vino y el postre, y dijo que no hacía falta, pues ya tenía el malbec en la alacena, porque sabía que me gustaba a temperatura ambiente, y el chajá en la heladera.

Le pregunté cómo sabía de mis gustos; me contestó que cuando una mujer ama trata de complacer a su hombre hasta en lo más mínimo. Esto me sonó muy bien y me preparé mentalmente para algo más.

## Capítulo 15

Hicimos una sobremesa; lo mismo que en el almuerzo, fue muy agradable y risueña. Me convidó con un jerez que le mandaron de España realmente exquisito; en el momento que estábamos degustando sonó el timbre de la puerta; Tita fue a atenderlo; entró un caballero de unos sesenta años saludando a Aurora con un “hola mamá” y le dio un beso en la mejilla.

Era Jorge, el rubio que jugaba a la pelota en el baldío de mi cuadra cuando era niño.

“Hola Jorge, ¿te acordás de mí?”, le pregunté. Me contestó secamente. Le tendí la mano y me saludó sin apretarla y sin mirarme a la cara, y dirigiéndose a su madre le dijo: “Tenemos que hablar”. Aurora me miró sin entender nada

Entonces mencioné: “Creo que en este momento estoy demás aquí”. Saludé a ambos, la invité para que me llamara por cualquier cosa que necesitara y me retiré.



## Capítulo 16

Llegué a la residencia y me comunicaron que nos teníamos que acogernos por la pandemia desde ese mismo momento, ya que el coronavirus era más peligroso en adultos mayores. En este sentido, teníamos que elegir entre un resguardo total de personas ajenas al hogar o hacer cuarentena si salíamos o recibíamos personas. Por unanimidad elegimos el primer plan, serían solo veinte días.

Al día siguiente se lo comuniqué a Aurora por celular; ella lo aceptó. A pesar del distanciamiento que nos imponían estábamos elaborando un nuevo amor.

Los días pasaron y yo estaba contento porque me había compenetrado en la pintura; hice varios cuadros que los fui regalando al personal Juan XXIII. El resguardo fue en aumento cada veinte días, los ánimos se fueron caldeando y nos enojábamos ya por cualquier cosa. En uno de esos días llegó una propuesta del Rotary de Suquía; nos invitaban a una exposición de pinturas; nos vino en el momento justo porque muchos de los residentes iban a estar ocupados creando cuadros, y mejorando así el carácter. Empezaron los problemas de traslados y enfermedades y quedé yo solo para intervenir en la muestra pictórica. Me dediqué de lleno a una pintura que titulé “El laguito de la montaña”, y eso fue lo que me ayudó a pasar el mal trago que estábamos atravesando. Le agradezco a esa institución benéfica por tan buena idea.

## Capítulo 16

¿Y Aurora? Con Aurora no nos desconectamos para nada, todo lo contrario, nos llamábamos varias veces al día. Para los meses que se fueron sucediendo con altibajos, los teléfonos celulares fueron el alma mater para nuestros diálogos. Pero llegó un momento en el que no me pude comunicar más con Aurora. Recibía sus llamadas pero ella no las mías; no entendimos que pasaba. Me dedique a llamar a mi compañía para averiguar que estaba pasando: “sus llamadas están siendo desviada intencionalmente”, me dijeron. Y no entendí porque alguien nos haría eso.

Tenía que esperar que Aurora me llamara y las llamadas ya no fueron tan asiduas. Ya me imaginaba qué o quién fue el causante de este acto. A ella le costaba trabajo comunicarse por qué no entendía muy bien al aparato y tenía que recurrir a Tita para comunicarse conmigo así que las llamadas eran más espaciadas aún.

## Capítulo 17

Y llegó el Covid-19 al pueblo. Lo trajeron un grupo de vecinos que fueron de excursión a la provincia de Córdoba, a un lugar muy de moda.

Las precauciones se agudizaron y, por consiguiente, las libertades se restringieron a raíz del temor de contraer ese virus letal; muchos de los que enfermaron no lo soportaron, por lo que el pueblo cambió la idiosincrasia: algunos se hicieron displicentes, pero la mayoría más conservadores.

## Capítulo 18

¿Y Aurora?, Aurora comenzó lentamente a ocupar mis pensamientos; las llamadas telefónicas se me hicieron indispensables; necesitaba un continuo acercamiento hacia ella ¿Me habré enamorado? Pensé en las palabras que resaltaban en nuestras conversaciones siempre amenas; pensé en la palabra amor. Sí, indiscutiblemente estábamos enamorados, ¿A esta edad? Calculé que no debía ser un amor apasionado, sino el anhelo de tener una compañera. Una amiga, una mujer que me acompañara el último tramo de mi vida; me sentía muy bien a su lado, solo sé que me enamore.

## Capítulo 19

Aprender es mantenerse joven, es un lema que aprendí con la práctica, por lo cual contraté una profesora de dibujo y pintura, pues es un aliciente verse avanzar día a día en el aprendizaje con los trabajos de pintura.

Continuar con la gimnasia y las caminatas diarias me mantienen vigoroso y con la mente fresca a pesar de los ochenta y siete años; en cambio, Aurora vive en la cama aterrorizada por el virus. Por lo visto, somos dos polos opuesto que se atraen.

## Capítulo 20

Comenzamos a vernos tomando todas las precauciones posibles desde el barbijo hasta los desinfectantes autorizados. Sin embargo, no había forma de activarla físicamente. Se me hizo cuesta arriba convencerla. No pude. Me dio rabia y lástima a la vez; no encontraba la forma de convencerla. Una tarde plena de sol aceptó un paseo pedestre; salimos a la calle; tenía un leve temblor en las piernas que se fue agudizando a medida que avanzábamos. Le pregunté qué le pasaba; me dijo que no daba más. Habíamos caminado cincuenta metros.

Volvimos como pudimos, se desplomó en un sillón y se puso a llorar. Me confesó que hacía más de un año que no caminaba, que la perdonara, que iba a empezar a ejercitarse desde mañana, y lo hizo. Llamó a Mariana, la profesora de Tai Chi Chuan, quien con su disciplina la ayudo a ganar estabilidad.

Hoy hacemos las caminatas juntos. Nos acompañamos mutuamente a darnos las fuerzas necesarias para continuar andando, porque siempre sostendré su mano. Sus hijos aun no aceptan totalmente nuestra historia, pero sé que algún día lo entenderán.

Vivimos cada uno en su lugar. Y nuestro amor carnal fue solamente un beso interrumpido, lo que se dice: un amor virtual.